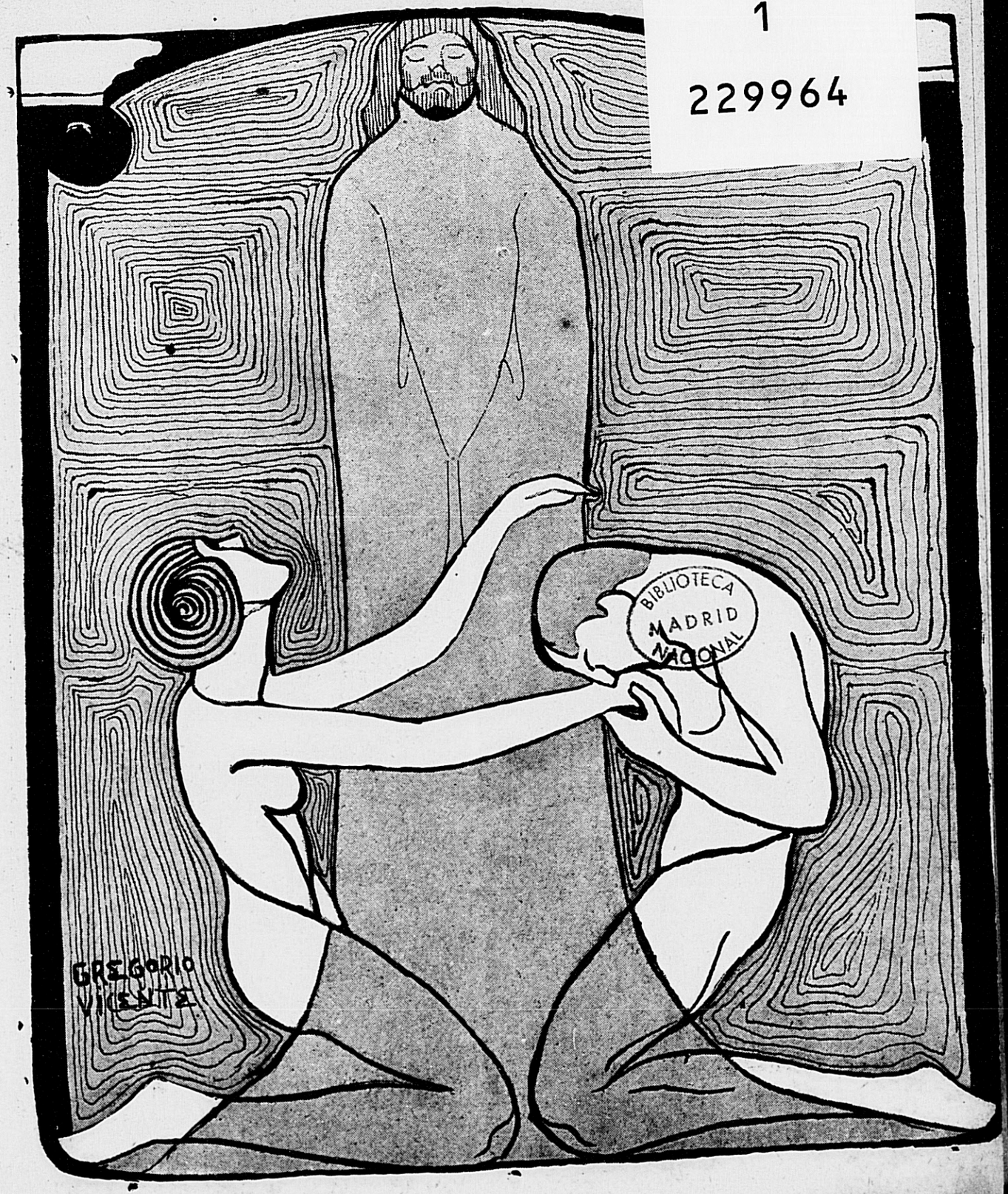
EL CUENTO GALANTE

ELEONORA POR RAFAEL LOPEZ DE HARO

1
229964



AÑO I — 5 de Junio de 1913. — NÚM. 9

EL CUENTO GALANTE
SE PUBLICA LOS JUEVES
...to, 24.-MADRID
...ILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25
:::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::
Anuncios á precios convencionales.
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1
229964

D. Ramón del Valle=Inclán.

En nuestro número próximo publicaremos un cuento admirable de D. Ramón del Valle-Inclán, titulado **"Augusta"**, con preciosas ilustraciones de Izquierdo Durán.

"Augusta" es una narración verdaderamente galante, un poco perversa, contada en el estilo galano del primer artista de la frase, D. Ramón del Valle-Inclán.

Izquierdo Durán, que es un dibujante de talento, ha interpretado fielmente el espíritu, las figuras y el ambiente encantador de **"Augusta"**.

Después seguirán Emilio Carrére, Zozaya, Barriobero, Valero Martín, Répide, Ceferino R. Avecilla, Benigno Varela, Ortiz de Pinedo, Claudina Regnier, Francés y Prudencio Iglesias. Estos originales serán completamente inéditos, escritos para El Cuento Galante.

Nos conviene hacer constar que serán inéditos para diferenciar nuestra publicación de otras similares.

"Augusta", de Valle-Inclán, será uno de los mejores números de El Cuento Galante.

NUMEROS PUBLICADOS

1.° **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2.° **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3.° **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4.° **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5.° **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6.° **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.
7.° **Por la Ronda de Valencia,** por Fernando Mora.
8.° **Serafines de retablo,** por Diego San José.

R. 3355318

47/1705380

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

ELEONORA

PRIMERA PARTE

I

Las cuestiones de honor, lances entre caballeros, ó, para decirlo del modo corriente, los desafíos son, por regla general, una farsa abominable cuando, en efecto, se trata del honor. Si un señor llama á otro ladrón ó cornudo, y si, por añadidura, le da en la mejilla una bofetada ignominiosa, lo usual es que todo acabe en un acta, ó, si á tanto llega, en un leve rasguño sin puntos de sutura. Es claro que, de cualquier modo, el ladrón ha robado y el cornudo con sus cuernos se queda, que no se descuájan los cuernos á punta de sable. De este modo el Código del Honor ni defiende ni sanciona el honor, ni cosa que lo valga.

Los duelos, en cambio, suelen ser tragedias inevitables cuando dos hombres educados se odian hasta el punto de no poder vivir cada uno si el otro vive; y esto sucede en aquellos casos en que las dos vidas opuestas tienden á un fin único y exclusivo; por ejemplo: un trono ó un amor.

Entonces suele decirse, con alguna apariencia de verdad, que «uno de los dos sobra en el mundo» y los así incompatibles—sin que el honor ande á veces en ello—acuden al lance de honor para matarse caballerosamente.

Y por eso vemos cada día por graves ofensas á la honra duelos de teatro, y muy de tarde en tarde, por causas insignificantes al parecer, duelos á muerte.

¿Cuál fué el motivo oculto, la causa inconfesable del duelo á muerte entre Luis Flórez y Alejandro Ibarra? Los padrinos que lo concertaron obraron persuadidos de que se trataba de seguir un convencionalismo, dado que Luis y Alejandro se habían dirigido recíprocas frases ligeramente molestas y casi inofensivas, en una sesión del Congreso. Sin duda ellos—siendo tan buenos amigos, desde el Colegio—se proponían buscar una reconciliación honrosa, porque hubiesen incurrido en censuras si después del incidente se van á comer juntos

De haberse optado por la pistola, los padrinos hubiesen dado una broma á los duelistas cargando con balas de corcho. Elegido el florete, se disponían á presenciar un asalto emocionante, en el cual los dos, habilísimos tiradores, reñirían á dejarse tocar disimuladamente. Cómo harían esto sin ofender al contrario, que no habría de aceptar fingidas torpezas; de qué modo alguno de ellos lograría simular ataques y descubrirse un tanto para ser herido apenas, era cosa desusada é interesante.

Pero la muerte, como las tempestades, es precedida de cierta depresión, de prodrómicas pesanteces, de magnetismos, de un algo tan fatalmente cierto é inevitable como la gravitación de los planetas. Apenas llegados al terreno, la muerte, descendiendo etérea del azul ó ascendiendo telúrica del suelo, en ola de hipnótico poder, llegó, apretó los corazones y dió una punzada en el diafragma á los pobres testigos engañados.

No se sabía qué crispante emoción producían á la luz meridiana las carnes desnudas y las torvas agujas de los floretes; sensación de frío, de estupor, de defensivo apretamiento en los músculos.

Terriblemente serenos y silenciosos los contendientes, se habían desnudado de cintura arriba en oferta al enemigo de sus pechos—en Luis de rosácea ternura donde brillaba un vello áureo; en Alejandro, de cérea suavidad con un surco de rizos endrinos entre las rudimentarias tumefacciones; apolíneas las formas del rubio, prietas y redondas: nítidos los bíceps de femenina gracia; hercúlea la reciedumbre del moreno y correosa. Refinada, artística la virilidad de Luis, cuya garganta era láctea, cuyo rostro, de nazarena corrección, tenía rufa barba partida y una mirada irrefragable como la de un Jesús tallado por Salcillo. Y ruda y recia, á semejanza del Vulcano velazquino, la acerada expresión de Alejandro, de aquel hombre que parecía construído de roble y de ébano, y de diamante en las pupilas. Mas no inferior la

bravura de Luis—el de los ojos tostados de quien subyugaba la bella, glacial y heroica impavidez.

Al quedar solos ellos y dirigir las puntas de los floretes á la carne, á los corazones, las miradas la mirada roja de Luis y la mirada negra de Alejandro—trazaron de unos ojos á otros ojos una línea más recta, más dura, más taladrante que la línea de hierro de sus armas. Tácito acuerdo era de herir de muerte; tácita notificación recíproca de un premeditado é ineluctable designio mutuo de matar.

Uno de los testigos, consternado, dijo en voz baja al compañero:

—¡Se atraviesan!

El aludido respondió:

— Cierto. ¿Cuál de ellos irá á morir?

Ya silbantes los vástagos de acero chocaban, se enroscaban, vibraban agrios, horrísonos, y sus puntas huídas arañando, rasgando el aire, trazaban rúbricas de rayos, ziczagueos de rayos. Los cuerpos flexibles, elásticos y tensos mostraban, bajo la piel brevemente enrojecida, socarrada al calor de sus furores, el interno atadijo muscular crujiente; los brazos rígidos y trémulos accionaban en el rápido juego como ballestas, y en tanto el gesto de los esgrimidores seguía enigmático, con atención despierta, leonina, incidente.

Pronto se vió que, maestros ambos, atacaban y se defendían maravillosamente; siempre juntas, cruzadas, inseparables las hojas que no se permitían la más ligera libertad. Luis reñía estoicamente, con serena corrección, con anatemática corrección. Alejandro pareció impacientarse y menudeaba los ataques, al pecho todos, sin alterar con ello la académica situación de la liza acelerada, chispeante, furiosa y terriblemente ecuánime.

Eran aquellos momentos de angustia, de crítica incertidumbre. La muerte, como una onda fluídica, como una onda anímica lanzada y repelida de continuo, parecía rafaguear en la línea trazada de unos ojos á otros ojos; y se la vió ultraviolada, ir y volver y tornar y retornar como radiograma del odio. Y luego la línea ideal se unió, se confundió con la línea de acero imantando los floretes y ya no había duda: uno de ellos incidiría certero.

Alejandro cambió súbitamente de táctica; se atuvo á ofender, á matar sin cuidarse gran cosa de la defensiva. Quería acabar pronto. Brusco, rápido, temerario, íbase á fondo una y diez veces. Luis le oponía la punta de su arma para que en ella tomase lo que intentaba dar. Y la muerte no sabía en qué acero quedarse.

Al fin se vió el florete de Alejandro hundirse, deslizarse carne adentro en el pecho de Luis. Cesó la lucha. El vencedor retiró su arma, roja, como encandecida. Luis quedó en pie; no parecía herido; sencillamente, como en la sala de armas, palpándose el pecho, se creyera que reconocía haber sido tocado y sonreía... Algo iba á decir. No pudo. Emitió una bocanada de sangre y cayó muerto.

Alejandro lo vió caer, lo vió morir, y se alejó imperturbable.

II

—... Que haya sido sacrificado porque á alguien le obstruía el camino del banco azul.

¡Oh, no! ¡Quita allá — prorrumpieron todos á la vez.—Eso es absurdo; esa es una suposición infame.

Claudio Enriquez se arrepintió en el acto de haber soltado la insidia... que, ineficaz en cuanto al daño pretendido, podría si llegase Alejandro á conocerla, volverse de rechazo contra su autor. Y se estremeció Claudio de pies á cabeza ante la eventualidad de un choque con el duelista invencible.

No, no; quiso retractarse.—Si yo decía, como ustedes, que pensar así es una villanía incalificable.

¡Ah, ah!

Villanía incalificable que ya habías cometido tú le espetó á Claudio Angelina Rosas.

Definitivamente asustado, replicó él:

—No, no podreis decir que yo haya afirmado nada.

Eleonora volvió á Claudio sus ojos inmensos despreciándolo y compadeciéndolo á la vez.

— Lo que es bien cierto — terció Gabriel Miranda—es que ese duelo ha frustrado, ha truncado brutalmente una vida estimable. Luis Flórez valía mucho.

— Hombre...

—Mucho, mucho—insistió Miranda.—Su libro y su discurso son obras geniales. Y el tiempo me dará la razón.

—Mira tú, quería Claudio borrar el efecto de su fracasada «villanía incalificable.» Mira tú; yo creo que entre los dos, Alejandro valía más.

Alejandro es un hombre de talento—concedió Miranda , y no es cosa de intentar entre los dos ya parangones.

—En fin—se decidió Leonora á preguntar: que ninguno de ustedes sabe la verdadera causa de ese desafío, ¿no es eso?

— No ha existido en realidad—dijo el mismo Gabriel.—La causa de ese duelo, como la de otros muchos, está en la sala de armas. El que frecuenta las salas de armas se va acostumbrando á la idea de matar. A la vez se adiestra en el arte de matar y se aficiona insensiblemente á matar. Por último, la muerte llega á ser para el esgrimidor un accidente probable. Luego, en el terreno, dos hombres vigorosos y vehementes se enfurecerían; el ataque de cada uno redoblaría la ira del otro; y los nervios excitados y la soberbia de vencer y la preparación de ánimo que antes dije, todo lo que en conjunto pudiera llamarse la embriaguez de la esgrima, obró fatalmente.

Es muy racional eso como usted lo explica — respondió Eleonora y quedó mirando á ninguna parte.

Angelina Rosas exclamó:

—Voy á lanzar una idea: la constitución de una liga de solteras contra el duelo. Las que la formen adquirirán el compromiso de no casarse si antes el novio no empeña su palabra de honor de no batirse nunca, aun que sea ofendido.

—Tendrás pocas «prosélitas» — dijo Eleonora sonriendo. — Nosotras, por instinto, amamos la brutalidad.

— Si dijese usted la fuerza — rectificó Miranda.—Y no por instinto, sino por ley específica.

— Las mujeres de esos maridos que nunca se batiesen — saltó Claudio serían muy tratables.

—El compromiso — dijo Angelina no impediría á los hombres romperle la cabeza á palos á cualquier importuno desvergonzado.



Una funámbula evolucionaba, en tanto, sobre el hilo tremante al son de uno de esos valses lentos y sencillos que sólo se oyen en ocasiones parecidas. Nadie paraba su atención en la funámbula, que podía, si cayese, partirse en dos, escindida por el alambre, como se secciona un trozo de jabón.

Solamente Eleonora aparentaba admirar el arriesgado ejercicio de la pobre funámbula; y era que Eleonora quería sustraerse á la conversación y pensar por su cuenta. Se volvió hacia la pista. Yacía sobre el rojo terciopelo de la barandilla su brazo desnudo desde el codo, y su mano pendía inerte. Era larga y pulida la mano de Eleonora. Una sola sortija irradiaba en ella cabrilleos irisados. Parecía aquella mano mentira, mentira de marfil. La misma incredulidad causaba en el ánimo su dueña. Eleonora Albert era una mujer inverosímil. Se movía, hablaba, vivía con el langor majestuoso que se imagina que tendrían, si viviesen, las vírgenes de Murillo. Levantóse armoniosamente, en plástica armonía de sus perfiles definidos é inacabables, líneas sin extremos. Era alta; su cuello largo, un cuello de ofidio, ampliábase y se perdía en los hombros, en el pecho ambicioso y valiente, y se escondía bajo un cordón de hilo de oro, círculo de oro que cerraba el escote de su vestido verde-alga. Era marmórea; de cintura, de caderas trazadas á compás. Se levantó, relievó augusta su belleza, imperiosa, triunfando insigne del medio de bellezas de mujeres en el Circo, en noche de

moda, en noche constelada de hermosuras, de miradas, de bustos desnudos, de joyas que centelleaban en carnes juveniles, fragantes, jocundas. Se levantó Eleonora, y el brillo de escama de su traje asmejábala á un caimán maravilloso de formas de Venus y cabeza de diosa.

Cabeza de mito. El pelo negro, brillante, de brillo y de negrura como el de las vetas de la hulla en la mina, y partido cual dos alas de cuervo que le abarcasen y cobijasen las sienes; las cejas, doble pincelada idéntica; los ojos, dos gotas hialinas de tiniebla; la boca, de labios delgados, de dientes menudos, con orientes de presea... Todo, en fin, en Eleonora mirífico como verificación de un sueño de arte, como acabada realidad de una genial concepción de arte.

La «salida de teatro» de raso-plata envolvió el prodigio, y un *landolet*, carroza palpitante, se la llevó...

III

De pronto, cuando iba á cubrirse con la veste nocturna, blanca veste luenga y traslúcida, quedó suspensa, sibilina, mirando á ninguna parte: al pabellón ampuloso del «cierre», de la vitrina aérea, donde solía vérsela desde la calle, como si por allí se hubiese evadido alguien ó alguien hubiese de venir

Llegó á una conclusión, á una afirmación, en sus lucubraciones cuando llegó á estar desnuda absolutamente. Se había ido desnudando al quitarse á la vez mentirosas envolturas de su alma y de su cuerpo, se había ido desnudando para hallarse á solas con ella misma. Fué una doble adveración de su euritmia y de su etopeya en raro paralelismo, en extraña relación de significados, como si fuesen sus frívolas ideas de seda de nipis y de encaje, ó la seda y las blondas las ideas. Unas y otras fueron cayendo arrugadas al mismo tiempo. y quedaron en cúmulo fofo y vano á sus plantas.

Sucedió así:

Al regresar del Circo, deseosa de soledad y de salerse, rehusado el auxilio de su doncella, quedada sola, se miró Eleonora al espejo y se encontró absurda. Encontró en su figura, en la superficie brillante de sus formas, como en la alucinadora fulguración de sus pupilas, una gran embustería, una perfidia innoble. Bajó los ojos, y las escamas del encantado caimán cayeron. Volvió á mirarse: más humana en cuerpo de corsé y borrado el gesto agresivo, se advirtió todavía superchera, falsa, coqueta. En cuerpo de corsé, precisada su carne, acorazada, y borbotando en los confines de la prenda ceñidora pompas de nívea filigrana, espumas, y emergiendo de allí sus piernas, y fructificando en otra gran corola su busto, gemelas convexidades latentes, y venido á su natural fluctuación el cabello esponjado, sin el *sprit* de pava real; sin apatuscos el tocado, y refrescada y sincerada la expresión... en suma: en realidad sexual, podía Eleonora pensar ya en los hombres sin aversión, pero todavía sin justicia.

Engalanada, forrada de exterioridades, «en sociedad», veíase y los veía en continua ficción, en artificio, guardando cada cual desde la piel á los sentimientos, y mostrando, empero, contornos y esquinas de la carnal palpitación y del pensar. Así, el amor, el amor con traje de etiqueta, pareciale á Eleonora un cotillón detestable, una suntuaria cosa del momento, farsa intrascendente, y así no creyó nunca Eleonora ni las audaces, concisas, perentorias declaraciones de Alejandro, ni las dulces galanterías de Luis. ¡La seda, el terciopelo, las telas y las florainas aislábanla de ellos!

Una muralla eran, pues, las ropas y la cortesía. Nunca, á través de tal obstáculo, habían llegado adentro las palabras de amor; que no las «sentía», como no sentía el viento en su piel, y que, cuando más, chocaban y rebotaban en la seda, en la cota irrompible que defendía su corazón.

Ahora sí; ahora, viéndose ella en traje de «más mujer», en traje de más verdad, iba advirtiendo la existencia de otro amor ineducado é indómito, irreflexivo, pecaminoso y juguetón, que fuese en el alma como en la carne: fuerza y fuego. Y pensaba que Alejandro, más que Luis, dominaríala vigorosamente, sin escape. Alejandro era un hombre temible y amable. Temiéralo la piel delicada que pudieran sus manos rasgar, y amarílalo al temerle. Quisiera ver á Alejandro ante ella, así: en cuerpo de corsé. Huiría de él como una mariposa y reiría, reiría al advertirlo enfurecido buscarla, perseguirla, asaltarla

Se estremeció.

Mas ello sería, en conclusión, pasar á mayores en la odiosa farsa.

Luis, en el mismo caso, habría obrado de un modo muy distinto á aquel modo faunesco como ella presumía que Alejandro hubiese de obrar. Luis invertiría los términos. Siempre habló como de una gloria que él tuviese, que él pudiese dar. ¡Cuán opuestos los dos! Lo que va de esclavizar á esclavizarse, iba de uno á otro. Alejandro era el conquistador, y Luis hubiese sido el rendido. Dos maneras de amor personificaban aquellos dos pretendientes de Eleonora. «¿Quieres ser mía?» —le decía Alejandro al clavar en su boca, en su seno, la mirada ardiente.— «¿Quieres ser mi reina?» —le decía Luis, mirándola exclusivamente á los ojos.— «Por ti mataría», era la protesta del moreno. «Moriría per ti», era el voto del rubio. Recordaba Eleonora al cantar:

Si no me quieres, me mato,
dicen unos ojos negros;
y dicen unos azules:
si no me quieres me muero.

No eran azules los ojos del Luis, eran —¡pareciale estarlos viendo!— del color del champagne, dorados, trasparentes. Dos llamas.

¡Oh!

Desanudó la cinta del corsé—insufrible la opresión en el pecho ganoso de aire, de suspiros —y cayó la prenda como al abrirse un capullo cae desgajada su envoltura. Respiró Eleonora ávidamente. En el momento, la libertad concedida á sus pulmones, al vientre, que se angustiaban aprisionados tiránicamente por el «molde social» del cuerpo, la producía un placer salvaje y bravío, un placer agradecido dondequiera que sus manos iban. Sus manos, que entonces parecían moldear, dar á su cuerpo una nueva forma más humana, más robusta. Eleonora, amplificada en aquel cambio, como henchida y madurada, perdió en un alentar profundo la forma de avispa, de guitarra á que reducíala el corsé maldito; y se llenó, se corroboró, quedando el talle en su normal graciosa ondulación.

Se desperezó, y tras de contorcerse y estirarse, y de sacudirse y de bracear con fuerza, se sintió bruscamente Eva, hambrienta no de una manzana, de todo un huerto de manzanas...

Fué breve este alarido. Un tacto gélido, como del dedo de un cadáver que trazase en su espelada, desde la nuca, una raya; el paso de un témpano desde la nuca al suelo; el surco de una gota de agua muy fría siguiendo el camino de la medula; un algo calofriante, fino, rápido, la hizo vibrar, brincar, cabriolar, quedar rígida...

Y pensó en Luis.

Luis había sido inmolado á su amor. Y juzgó ella que aquel latigazo de hielo había sido la señal de la presencia del muerto amante que vendría á decirla cómo y cuánto fué el amor que ella no quiso ni supo comprender. Recordó una frase—¿la oyó de nuevo?—recordó: «Yo, Eleonora, estoy por usted llamado á la vida ó la muerte. ¿Adónde acudir?»

¡A la muerte! —crispábase Eleonora.— ¡A la muerte! Y al sentir ya—¡qué tarde!—el vacío en la vida, el vacío de abismo, de infinito, dejado en la vida, en su vida, por el que nunca más la miraría con mirada de llama, creyó la esquiva que su sangre se enfriaba, se recluía...

Y— ¿por qué? ¿para qué—acabó con prisa y nerviosamente de desnudarse, de quedar en sí misma, en su cuerpo y en su alma absolutamente solos, absolutamente separados de la mentira de las ropas, de los convencionalismos, ofreciendo ya en vano al amor imposible del ausente de la vida, la integridad de su cuerpo y de su alma, de su ser que quería ya ser de quien ya no era.

Quedó suspensa, hierática, sibilina, mirando á ninguna parte; mirando al problema de la vida y de la muerte. Imaginaba —según el relato de quienes presenciaron la tragedia— ó era que *veía* ella ahora la tragedia repetida por un mágico cinematógrafo dentro de su propio cráneo; imaginaba ó *veía* la pelea. Alejandro, impulsivo, rabioso, acometiendo; y Luis, á la defensiva, con la perplejidad trágida de quien duda si está por el amor llamado á la vida ó á la muerte. Y lo veía, á Luis, en el último trance, sonreir ante el lecho que él creería decretado por la fatalidad; y querer decir algo, tal vez un nombre, el suyo, «Eleonora», y no poder, y florecerle en su sacrificio un clavel en los labios, un clavel de su sangre, y caer, y concluir...

¡Oh! Era más, mucho más de lo que presintieron sus entrañas, mucho más de lo que reclamase aquel cuerpo suyo de hembra, el amor del que renunció al amor y á la vida, dejando que la muerte ó la fatalidad ó Dios ó el diablo, resolvieran el problema tremebundo de «si él era llamado por el amor de ella á la vida ó á la muerte».

Pero... un amor que renuncia á amar y á vivir, ¿es amor? —Se preguntaba esto Eleonora contemplándose, admirándose en su figura que el espejo fiel duplicaba del único modo posible de que existiese otra hermosura á su hermosura comparable. Era, pues. ella la aparición mirífica que vivía de su vida en el cristal. Su carne de morena, del color de la nata, no parecía carne. Más bien piedra, piedra litográfica, dura y dócil, compacta y suave. Quieta, de piedra se creyese su cuerpo rotundo, preciso, como cincelado. Pulimentada piedra de nitidez inmaculada sus brazos, sus manos de primorosa estatua helénica, que no los tenía la Venus, porque ella los tenía y eran éstos los brazos de la Venus sin brazos; y piedra, firme piedra, su vientre, sus senos de lapidaria altivez, tallados con geométrica precisión de esferas, de pirámides...

¡Oh! Sentíase de piedra Eleonora; en la



Eleonora del espejo sólo formas, sólo líneas, sin color. Sentíase imposible al amor, como de piedra, y se juzgaba ella la imagen de la escultura. Así como á una escultura, como á un concepto de arte, habríala amado el que por su amor supo morir sonriendo; el que acaso desde las diáfanas regiones, en las diáfanas ondas, vendría, habría venido y la estaría tocando y poseyendo como la tocaban y poseían el aire y la luz...

Se entregaba, ya sin susto, á la imaginaria posesión por el muerto, que al poseerla, la iba enfriando, la iba anestesiando, que parecía obrar como los siglos que convierten la carne en piedra.

—¡Oh, oh, qué frío!

Se envolvió presurosa en el nasouk de su camisa de noche, en los encajes, en las cintas, en los translúcidos pliegues, y fué al lecho tiritando. Y súbita reaccionó en aflujos. Su sangre, férvida ahora, buscaba ya los vértices como los busca el fuego del volcán.

Lo positivo, lo sensible era que ella hubiese amado á Luis, que lo evocaba ya y lo evocaría siempre en su alma, y que su carne no era piedra sino carne viva y caliente y pletórica: carne de amor. Y que no podría resolver nunca cuál de los dos modos de amor, cuál de los dos hombres hubiese sido preferible: si el que la ofrendó una vida ó el que la sacrificó una vida; si el que murió por ella ó el que mató por ella; si, en fin, iguales en valor, podría ya Eleonora separar los dos amores y discernir el suyo al vivo ó al muerto. Que al vivo lo proclamaba su rebosante amor de amar y al muerto lo proclamaba su infinito amor de infinitos...

Su frente era una lápida; su piel, en regiones, se bombeaba como la cimbra de un horno. Un laberinto, una madeja de dudas bullía bajo sus rizos negros; bajo sus rizos negros, sedosos, musgosos, había una lumbre...

SEGUNDA PARTE

I

Andaba el tren, por fin, iniciando la partida silenciosamente, sin advertirse desde el coche, que se movía, y como si el suelo huyese deslizándose. Los convidados y los deudos quedábanse en burujón confuso, nevado de motas blancas—los pañuelos aleteando en despedida y cuando el aire libre los acarició, dejaron los viajeros de oir el zumbido resonante que siempre asorda en el andén bajo la bóveda de hierro y de cristal.

Madrid—seguía la ilusión de ser la tierra la que huía—se veía rodar cual sustentado en su eje; el Real Palacio caminaba y parecía todo él de alabastro, y topacios sus ventanales en los que coruscaba áurea la puesta del sol.

Eleonora fué al departamento y ordenó en las lejas de red el equipaje de mano. Con la misma naturalidad su bolso que el matetín de Alejandro. La observaba él desde el pasillo sin atreverse á entrar. Obraba tan indiferente y resuelta como si fuese aquel un viaje cualquiera, menos el de novios. Y, sin embargo, habíase posesionado del departamento de tal modo, que Alejandro pensó si debería pedirle permiso para entrar Cuando todo estuvo á su gusto, se sentó Eleonora, se destocó y envolvió su cabeza en un tul violado como las nubes del confín.

Era ésta la esposa, la mujer. La novia se había evaporado al finar la ceremonia. Duró lo que un sueño la figura de nácar y de cristal. Fuérale imposible al dueño reconstruir la imagen de Eleonora con el blanco traje de seda-piel, el velo que le asemejaba á una gran libélula, y los ramos de azahar; de «aquello» quedábale á él solo una noción imprecisa de blancura frufrutante, de gracilidad, de aromas; y solo, fija é indeleble en su alma, una chispa, una luz, una aguja de luz que lo apuñalara cuando oyera aquel «sí», producido tal vez, no por los labios de Eleonora, sí por la carne de él al ser hendida y traspasada.

Ahora transformada la irreal criatura de nácar de cristal en esta viajera elegante del tul violeta, pensaba Alejandro que no podría entrar en el departamento del vagon-lit sin pedirla respetuosamente permiso.

A esta situación eran llegados después de un noviazgo etiquetero.

Un empleado recorría los coches, avisando para el diner-karr. Alejandro dijo entonces á su mujer:

¿Vamos, Eleonora?

Ella no le oía. Miraba á ninguna parte.

—Eleonora: al comedor, ¿vamos?

—¡Ah! ¿Qué? ¿Al comedor? Perdona... Sí, vamos.

Salió ella rozándole con el guardapolvo talar en la angostura del pasillo, y no apartándose al sentirlo, puesto que ya era su mujer. Y la siguió animoso esperando de la ocasión de la comida, de la sobremesa, la urgente confianza entre ambos, la urgentísima remisión de respetos. Porque las literas del departamento estarían preparadas al volver.

Un vaivén, al cruzar los fuelles, dióle nueva ocasión felicísima, al acorrerla, de sostener aquel cuerpo maravilloso, tan deseado; y mientras él se inmutó, ella, volviéndose con gentil donaire, le dijo sencillamente:

Gracias.

En el coche-comedor hablaron quedo. Alejandro se disculpaba.

—Es tan fuerte, tan intensa, Eleonora, la impresión de saberte ya mía, que no puedo decirte sino que tiemblo de felicidad.

Ella lo contuvo.

—¡Oh, calla aquí! Pudieran reirse de nosotros. Yo quisiera que nos supusiesen hermanos los viajeros, ó ya que no, por lo menos, matrimonio no reciente. Hazme el favor de que no adviertan otra cosa.

Mandaba. Alejandro quiso oponerse á tal imposición primera.

—¡Ah, bien! Por eso vienes conduciéndote como en normalidad ya antigua... Iba á mostrarme enojado por esa frialdad aparente.

Lo miró ella acusadora:

—Si te siguiera, nuestra primera conversación de casados sería un abrazo de espinas. Quejarme de frialdaddes podría yo. Y aun decir que obras como si no me amases ó como si me temieses.

El camarero, dando trompicones, cruzaba cerca de ellos á cada instante, ó metía el brazo para servirlos á toda prisa, con esa intolerable y estúpida brusquedad de estos políglotas atropellaplatos del tren, que parecen dispensarle un favor al pasajero al darle de comer mal y caro y á la trágala.

En las otras mesitas había impuesto la presencia de Eleonora expectante silencio saturado de envidias al poseedor. de la magnífica hembra. Unos jovenzuelos, á espaldas de Alejandro: - ¡Recristo, qué mujer!—la miraban salaces más que con insolencia.

—Concluyamos cuanto antes, Alejandro, y vayámonos de aquí. Siempre me encocoraron estos comedores en que es obligado tolerar á cualquiera.

El, sin embargo, la retenía. Quería dar tiempo, gastar tiempo para que, al volver, estuviesen preparadas las literas; pero Eleonora, siguiendo su imperante voluntad, se levantó.

—Ea, vamos.

Dejó sin acabar su taza de café, y la siguió un poco contrariado. Como se temía, las literas estaban sin levantar; y no sólo las de ellos, todas. Como que eran las ocho de la noche. Pues para pedir ahora al encargado que pusiese aquello en orden de más intimidad, habría de faltarle á Alejandro valor.

Eleonora entró primero en el departamento. Tiró el cigarro él, y se colló para no intimidarse de nuevo. Ella habló:

—Está sucediendo todo para mí como si lo soñase.

La tomó una mano, la abrazó por la cintura vigorosamente.

—¿Todavía?

—¡Oh, Alejandro! Ya sé que de he permitirte que tomes mi mano, que estreches mi cintura y cuanto más quieras. Pero te ruego que me permitas irte, yo concediendo la confianza. Tengo una soberbia irreductible, y me habría de parecer de otro modo que me humillabas. ¡Oh, Alejandro! El matrimonio no debía ser una cosa así, según programa, por trámites conocidos. Yo, al saber que á esta hora he de hacer esto, siento siempre una rebelde necesidad de hacer todo lo contrario. Además, me causas un poco miedo.

Al lado de tal mujer el talentoso político, el sociólogo insigne, se encontraba miserablemente ridículo. Cuando se pide el amor conyugal á una mujer, no hay términos medios: ó se es ridículo, ó se es poeta. Por hacer algo aceptable, se inclinó Alejandro y besó la mano de su mujer, como hubiese besado la de una reina.

Eleonora miraba... á ninguna parte: á la fantástica sucesión de vellones de humo que pasaban evolucionando ingrávidos por el aire; á la caudal disgregación de blancas vedijas de humo, las que después de tomar las formas más raras, se diluían cayendo y disipándose á ras de tierra. Y veía Eleonora, «veía» sin ver, cuál concretada y deshecha por el humo, aparecida y desaparecida, «veía» la espectral imagen de «aquél» que sonreía con un clavel en los labios y un punto como un rubí en el blanco pecho, sobre el corazón...

—¡Eleonora! ¿Qué tienes, Eleonora?

—Perdón. El tren, al principio, me marea. ¡Oh, oh! ¡Qué frío!

La glacial evocación la atería. Aquel que la amaba con amor impalpable de infinitos, volvía á poseerla enfriándola, en el abrazo total envolvente, gélido como un sudario invisible.

Cerró los ojos. Alejandro, creyéndola desvaída por el mareo, la atrajo, la inclinó, la tomó en sus brazos cuidadosamente. Pálida, inerte, inánime al parecer, se le ofrecía la esposa; insensible la abrazaba por primera vez. Sus manos de marfil frías y rígidas estaban como el marfil; y su frente marmórea, como el mármol fría. Pesaba, pesaba Eleonora cual si de piedra fuese.

¡Piedra! Al tacto la piel, las formas, estaban duras como la piedra. Habíase petrificado al tocarla. Como iban recorriéndola las manos del esposo, iba la esposa endureciéndose, fosilizándose, haciéndose estatua. Castigábalo la fatalidad como al personaje fabuloso que tenía en las yemas de sus dedos el maravilloso y horrible poder, la desesperante virtud de convertir en metal cuanto tocaba; y no podía ni comer ni beber por que el pan y el agua antes de llegar á sus labios se hacían oro. Así Alejandro veía hacerse piedra la carne deseada; piedra más compacta, más pesante y más dura que el mármol y que el plomo.

—¿Quién?

Nadie. Mas creyó que en el cristal en donde se vieron antes los jirones de humo y que ahora era como una plancha de azabache, creyó haber visto, tenía la certidumbre de haber visto, *había visto* un rostro, una mirada, una sonrisa sepulcral, un gesto irónico... ¡El muerto!

¡Ah! —sonrió también sardónico Alejandro.—¿Eres tú? Y esto, obra tuya. Pues mira, mira: si ahora no te puedo dar otra estocada, mira, mira, muerto, cómo esta piedra, que tú endureces y enfrías, la vivifico yo y la caliento con el calor de la vida y del amor. ¡Mira, mira, muerto!

Y con sus labios-ascuas prendió fuego en los labios de Eleonora. Y fué tan poderoso el beso, que dió vida á la estatua.

Y de la acobardante obsesión de la muerte triunfó en ambos la ardiente convulsión de la vida.

El tren, palpitante, pujante, arrollador, penetró en un túnel profundo, abierto en las rojas entrañas de la tierra, debajo de un monte.

II

Matar á un vivo es fácil: todo estriba en destruir la máquina sensible. Lo verdaderamente difícil es matar á un muerto. Todas las ideas de los que por ellas sucumben, son prolíferas porque no es posible matarlos después de muertos; y vivos en sus ideas perdurablemente siguen. En cada hombre hay, pues, dos vidas: la suya humana, perecedara, y la de sus ideas, imperecedera. La suya la vive él; la de sus ideas la vivimos todos y la vivirán todos los que en el mundo nos sigan. En razón á esto es más fácil ahogar, aniquilar las ideas de un vivo que contrarrestar las ideas de uno que murió. Porque las ideas, mientras son del vivo, son cosa humana y transitorial. Al contrario, muerto su creador, la ideas trascienden á la vida universal, viven solas en todos, formando parte del acerbo espiritual y ya no hay modo de extirparlas. He aquí el error de todos los intransigentes y fanáticos déspotas que al sacrificar á un hombre inmortalizan su credo y le dan la fuerza incontrarrestable de los entes incorpóreos. Matan al vivo, pero el muerto queda inmortal.

Alejandro supo y pudo clavar el corazón de Luis; pero no sabía, no podía borrarlo del alma de Eleonora. Allí, en la idea, vivía; allí era dueño de ella, del alma. Al matador quedábale la carne que á veces parecía piedra.

No comprendía esto Eleonora; sólo comprendía que su amor iba de una realidad á un recuerdo, de un recuerdo á una realidad, como si ella pudiese, en sus sentimientos, viajar, transitar, ir y volver, del mundo de los muertos al mundo de los vivos. Su amor, en momentos, estaba en lo inaccesible, en lo desconocido, y entonces, llevada por su amor, se iba, se inhibía, se ausentaba Eleonora de sí misma; y la carne sola quedaba queriendo volver á su prístino estado á la tierra á la piedra. Al disociarse un elemento, el otro tendía al reino mineral. Era un fenómeno que ella no intentó nunca explicarse. Cuando sucedía, empezaba por sentirse enfriar, por sentirse gravitar; perdía el dominio de sus miembros; no movía los pies, no movía las manos; no sentía los pies, no sentía las manos, no tenía ni manos ni pies... Iba reconcentrándose la sensibilidad del modo misterioso como la piel de zapa se achicaba y se reducía conforme se lograba el deseo. Por último, se dormía Eleonora... para despertar sin cuerpo al lado del «otro». Y allá, no supiera dónde, en un lugar sin lugar, con el otro se confundía y con el otro era nada y lo era todo.

Cuando sus párpados caían como si un dedo invisible los cerrase, Eleonora pensaba: «Me llama el otro.»

Su amor, otras veces, era sólo en los sentidos. Entonces trocábase su corazón altar de fuego; las venas se hinchaban llenas de llamas rojas; hasta las yemas de los dedos llegaba el flamear latente; entonces el calor era sed en los labios, sed en las entrañas, rabiosa sed de vida, de vidas, rabiosa sed de amor. Entonces hervía, entonces se iluminaba; entonces había menester, como el hierro candente, de fuerza, de yunque, de aplastamiento, de torcimiento, de duros y penetrantes golpes de martillo en la rojez quemante; entonces era su ser necesitado de forja de fragua, de soldadura...

Esto sabía Eleonora de sí misma y entre piedra y fuego su vida batallaba, siempre hermosa su vida; cuando piedra, eternidad; cuando fuego, eternidad.

Se volvió para contemplar á su marido, que aún dormía. Dormía después de una jornada de lucha con el muerto. Era una lucha titánica, una lucha estupenda la que Alejandro con el muerto sostenía. Había acudido á combatirle á su campo, al campo de la inmortalidad. Essudiaba, pensaba, laboraba gigantescamente. Un libro, una legión formidable de pensamientos lanzados al combate, conquistó para Alejandro también la inmortalidad. Ya estaban iguales: como el muerto, Alejandro había anulado la muerte: en su obra vi-

viría también por los siglos de los siglos.

Pero el muerto había respondido al ataque de un modo increíble: con otro libro; con un grandioso libro de versos póstumos, cuyas ediciones cundían y se multiplicaban fabulosamente. Hubo quien dijera que las rimas portentosas fueron dictadas por el muerto mismo á un «medium» espiritista. El editor aseguraba que fueron halladas entre los papeles del difunto. Pero Eleonora creía que lo primero era la verdad. Los versos eran versos de un alma. Las palabras de los versos eran silencio.

Silencio, vacío:
alma de lo inerte;
inaudito y frío
verbo de la muerte;
sueño del yacer;
paz, calma, quietismo;
abismo;
eco del no ser.

Morada sombría
de vacuidad seca,
de grave afonía,
de soledad hueca.
Estéril noción:
la nada
callada
de la negación.

Las losas
que cubren las fosas.
Los lesos
que damos los idos.
Los besos
amores perdidos.
Lo que concluyó.
Triste melodía
que un día
calló.

Silencio: en la esencia
de tu inexistencia
—silencio profundo,
verdad increada—
precediste al mundo
pudiendo en la nada
estar y no estar.
Abismo
que sólo Dios mismo
podría llenar...

Silencio: en tu arcano,
mi mano
la quiere buscar...

Versos de aquel libro «del otro» que Eleonora había aprendido á leerlos una vez. ¿Aprendido ó recordado?

La mañana había entrado ya hasta el mismo lecho de los esposos. En la colcha de seda escarlata resbalaban los rayos del sol. Se volvió Eleonora para contemplar á su marido, que aún dormía.

Sueño letárgico el suyo, zozobroso sueño de rendición. Después de sus trabajos, de sus esfuerzos, de sus amores, Alejandro yacía en estos sueños como en un pozo. Su rostro era asténico: caíale lacia la pelambre ya listada de hilos blancos; ahilábase su gesto, la piel tomaba un brillo de fiebre y la respiración era anhelosa y cansina. ¡Oh! ¡Iba consumiéndose, extenuándose en la incesante lucha con el muerto!

Lo despertó besándolo.

– ¡Eleonora! ¡Eleonora! ¡Ah! ¡Soñaba que huías de mí y que yo te perseguía sin alcanzarte, sin poderte alcanzar, por un campo negro é infinito! Pero estás aquí, ¡estás aquí, mi Eleonora!

La abrazaba, se asía al cuerpo de ella, la palpaba, no dando crédito á sus ojos.

– Estás aquí; éste es tu calor, éste es tu aroma. Sí, estás aquí. éstas son tus gracias. Quisiera velar siempre, estar siempre de centinela, no perder ni un instante la visión de tu belleza, por que... porque en cuanto duermo, escapas, Eleonora.

Ella lo acariciaba.

– Desvarías soñando, de debilidad. Trabajas excesivamente.

Alejandro decía:

—¡Es preciso, es preciso!

¿Qué te propones ya? Tu fama corre por todo el mundo...

—¡Bah, Eleonora! Yo no trabajo por eso. Mira: yo trabajo porque me horripila la idea de no ser. Paréceme que cada obra me añade de siglos de existencia.

¡Lo de siempre! Esa mentira de la gloria...

– No. No me entiendes. Esto mio no pasa por ser la natnral tendencia á perpetuarse. El hombre no se conforma, en ese sentido, con perpetuar la especie, y en eso se diferencia de los animales.

– Tú miras más allá de ti

—¡Ah, Eleonora! Eso no es nada, Más alla de mí, como ante de mí: hombres, hombres. Y bien: nada. Un hombre. el individuo, nada. Un individuo es el átomo cuya existencia no acabará nunca. ¡Qué insensatez! ¿Más allá de mi Eleonora? Pues yo te diré: más allá de mí, otro cualquiera que nazca después, que venga después. Es un gran error el de la personalidad. Entiéndeme, Eleonora: el hombre, cuando piensa, es el Pensamiento; cuando ama, es la Humanidad. Por eso el hombre es grande cuando piensa y cuando ama, porque laten en él las dos grandes verdades: Idea, Vida...

--El hombre, un hombre, un pensamiento, una vida, ¿qué son, pues, por sí solos? — preguntó Eleonora.

—¡Nada!

Era «negar» al «otro» lo que pretendía Alejandro. Mas ella creía en la existencia del «otro», y nada podría hacérselo negar. Alejandro seguía diciendo:

—Por eso yo trabajo sin rendirme... Ahora, ahora voy á emprender una obra meritísima. ¡Ahora me anima una nueva vocación! Ahora voy á hacer versos.

—¿Versos?

—Sí. Serán versos muy lindos, muy armoniosos, seductoramente sinceros. Tendrán mucho amor, mucho dolor...

Calló Eleonora, mirando á su marido. Acababa de «negar al otro» y, sin embargo, en su lucha le quería devolver golpe por golpe.

—¡No quiero, Alejandro, no quiero que hagas versos! ¡No quiero que trabajes más! Sin entender tus afanes, yo me encuentro sola á tu lado. No quiero. Tú dices: el Pensamiento, el Hombre, y yo exclamo: mi pensamiento, mi hombre. ¡Aquí, aquí, en mí sola!

—¡Oh Amada! Cuando me llamas de ese modo, ¡á ti, á ti, á ti sola! me pareces tan hermosa y tan insaciable como la muerte!

—Alejandro, yo soy la vida...

—Cierto, Eleonora. Vida y Muerte: Amor.

TERCERA PARTE

I

Claudio Enríquez era uno de esos pequeños malvados que hacen hablando – única actividad suya – todo el daño que pueden.

No lo niegues. Al menos á mí no me lo niegues, chico. Aquel hombre es tu obsesión. Y yo te digo que aunque vales tú más que él valió, y aunque tus obras son mejores que las suyas, no hallarás fuera de mí quien así lo reconozca. Cuando mueras, ya será otra cosa, Esa es la ley: al morir uno, el mérito de sus obras se centuplica. Y todo consiste en que ya puede ser elogiado, puesto que no se ha de enorgullecer ni ha de producir más. Yo conozco obras célebres cuyo único mérito estriba en que se ha hecho plovo la mano que las hizo. ¡Desgraciado de ti, dice el proverbio árabe, cuando sea llegada la hora de tus alabanzas!

Se levantó el mequetrefe y sacudió ambas piernas, cerciorándose de que caía vertical el doblez de su pantalón.

—Y más te digo, Alejandro, y te lo digo por tu bien. ¡Cúidate! Te estás quedando en los huesos.

Se miró los zapatos de charol, dió un paso, hizo una pirueta.

— En fin, te dejo. Sigue con tus libracos si quieres. Allá tú.

Ya había dicho dos cosas molestas; nada le quedaba que hacer allí. Se marchó Claudio. Alejandro salió á despedirlo hasta la escalera, y le hubiese de buena gana dado un puntapié para que la bajase rodando.

Volvió enojado á su despacho, sin gusto para seguir leyendo aquel tomo de filosofía india tan inquietante. Lo cerró y lo dejó sobre la mesa con desdén. Y como huyendo de la filosofía india y de todas las filosofías, salió del despacho y fué á tumbarse y á fumar en un diván del gabinete.

¡Maldito Claudio! Había tenido la virtud de resucitar al muerto. Alejandro consiguió olvidar al muerto y aquietar su conciencia.



Si él no hubiese clavado á Luis, Luis lo hubiese clavado á él. Entre una y otra cosa, no ódabía dudar. Y en lo tocante á cómo llegaron al duelo, llegaron porque la fatalidad los enamoró de la misma mujer que era una sola y para uno había de ser.

¿A qué volver en ello? Aquel estúpido de Claudio había dicho lo que dicho había por el gusto insano de hacer mal; por obligarle á revivir las horas de duda, las noches de espanto que al desafío sucedieron. ¡Reptil venenoso! Debió darle el puntapié para que rodara por la escalera...

Y «cúidate, que te estás quedando en los huesos.»

Se levantó Alejandro y fué á mirarse en la luna de la jardinera. En verdad, estaba demacrado y pajizo; en verdad se «estaba

quedando en los huesos.» En las sienes, en los pómulos, en la quijada, todos los huesos se advertían. Acercó su mano al cristal; «los huesos podían contarse allí mejor bajo la amarilla piel transparente.» En fin, que era indudable que «se estaba quedando en los mismos huesos Alejandro.»

Sus ojos se iban hacia el cerebro y brillaban en la sombra, enorme la cuenca de cada uno y violada sus márgenes...

¡Odioso Claudio!

Su ropa seguía Alejandro analizándose—érale holgada por todas partes; pasándose la mano sobre el chaleco, á través de varias telas, podía contarse las costillas; en las caderas era fácil coger un garrón que salía en pico como en el cuarto trasero de los jamelgos que mueren en las plazas de toros.

Sí: lo dicho; que «se estaba quedando en los huesos».

¡Y si fuera esto solo! De ideas se iba descarnando. Consumidas en el análisis, como en la alquitara se consumen los cuerpos inferiores, le quedó á Alejandro un esquema, una esencia de sus ideas, le quedó como el esqueleto de sus ideas.

Paseaba irritado. Se decía:

- ¿Y qué? La señora muerte no habrá de trabajar mucho para acabarme. Ni tengo salud ni fe. No defenderé nada. ¡Nada! Después de mí, ¡nada!

Vino Eleonora.

—Claudio, es la hora de que tomes tus medicinas.

—¡No quiero medicinas!

—Sé razonable.

—¡No quiero ser razonable, Eleonora!

Lo miraba ella con maternal ternura y conllevaba su iracundia con maternal paciencia.

—Vamos, cálmate. Son unas píldoras y un sorbo de agua. ¿Me disgustarás?

—¡Trae! Venga y tragaré... Mira tú... drogas ¡Como si las tirases!

Eleonora se lamentaba.

– Hay algo de eso. De tu parte nada pones para recobrar la salud. Pareces obstinado en enflaquecerte, en espirituarte. ¿A qué conduce eso?

Gesticuló Alejandro exasperadamente.

—Tú no me comprendes; tú no me puedes comprender, Eleonora. Tú no puedes comprender por qué yo, sin pensar en el suicidio, quiero vivir cuanto menos mejor. Es imposible de explicar. No quiero dejar de existir, de ser lo que soy, quien soy, Alejandro, y, no obstante, me aburre, se me hace intolerable la vida.

Eleonora quedó mirándolo inquisitiva, acusadora.

—No quieres morir porque te cause miedo la posibilidad de seguir «después» siendo quien fuiste; y no quieres vivir porque ser quien eres y quien fuiste te horroriza.

Alejandro se plantó frente á ella en actitud provocadora.

—¿Por qué dices eso? Hablemos claro de una vez, Eleonora. Tú me supones celoso de una sombra, ¿no es eso? Tú supones que me intranquiliza y me tortura y me consume el adulterio moral tuyo, el adulterio de tu voluntad, de tus delirios...

Ella se demudó al saberse intuída.

—¡Pues no!– seguía Alejandro—¿Lo oyes? ¡No! Si eso me interesara... un veneno, un accidente de automóvil... ¿no se te alcanza?.... y te hubiese enviado con «el otro». ¿No se te alcanza?... Pero vive tranquila, Eleonora. Aquello pasó. El amor pasó. ¡Tenía que pasar! Entiéndeme, ¡oh, si es tan difícil explicártelo! Tenía que pasar el amor exclusivista, el amor excluyente. Tú has sido y eres todo lo más mía que humanamente puede ser. ¿Qué marido tienes más? ¿Habrá una esposa, habrá habido nunca una esposa que jamás pensara en «el otro?» Todas, todas las mujeres, una vez, por una sola vez, han pensado que pudiesen ser, que pudieron haber sido de algún «otro.» No, no es esa, Eleonora, mi razón de cansera de la vida.

—¿Entonces?

– ¡Bah! ¿Qué sabes tú? Tú eres hermosa. Para ti tu humanidad es un encanto; está tu alma como quien habitase un alcázar maravilloso. ¿A qué salir de él? El amor, que gusta de esos palacios de carne, irá á visitarlo frecuentemente, no querrá dejar de estar en él... Yo, en cambio, me encuentro en mí, dentro de mí, como en una cárcel. Y no quiero salir de mi cárcel, porque fuera de esta cárcel, Eleonora, ¡no hay nada!

—¿Nada?

—¡Nada! Ya ves, mi temor de morir no se funda, como tú pensaste, en el temor de «seguir»; se funda en el temor de «no ser».

– ¿No mientes, Alejandro

– ¿Para qué? ¿Para qué engañarte? No me interesa. Yo he prescindido de toda esperanza en ti.

– ¿Ya... no me quieres?

– ¿Qué te importa? Me gustas. Tu belleza me embriaga. Amo tu belleza; amo frenético tu belleza; adoro tu belleza. ¿Qué quieres más?

—¡Oh, Alejandro! Eso es bien poco.

No tengo más, Eleonora.

Ella sentenció solemnemente.

– Pues bien: ni esto, ni esta Eleonora tendrás.

Y salió majestuosa.

Alejandro, al quedarse solo, rompió á reir, á reir, castañeteándole los dientes.

II

Se desnudó Eleonora lentamente, viéndose aparecer, viendo aparecer «el alcázar maravilloso». Recordaba cuántos fueron los entusiasmos del marido al descubrir esta hermosura. ¿En qué lugar de ella no había un beso?

Meditó bien su venganza. El pelo suelto la embellecía más. Alejandro gustaba de ver su pelo y de esconder en él la frente ardorosa. Se soltó el pelo, que cayó levemente sobre sus hombros y sus espaldas...

¿Cuál perfume? ¡Ah, sí! El «Gérminis». Alejandro gustaba mucho de aquel perfume, que «al tocar á tu piel – decía – se transforma, se intensifica y toma de ti su mayor virtud enervante». Se vertió Eleonora en el pecho todo el frasco. Al vaporizarse la esencia, se estremeció su carne. ¡Quién temiera al frío ya!

En el lecho una colcha roja, «roja como la sangre». «Pon esa colcha de seda roja. Tu cuerpo desnudo resalta en ese fondo de una manera fantástica, y tu cabellera de ella toma reflejos píricos como si se incendiara. Sobre la colcha roja eres toda de fuego.»

Bien: ya estaba.

¿Qué luz? La luz también roja; la lámpara aquélla que parecía un enorme rubí incandescente. El la había hecho instalar en el techo de la alcoba sobre la cama nupcial. Era un globo que irradiaba resplandores de escarlata. A su fulgor el cuerpo de Eleonora adquiría el brillo de una figura de coral, y los ojos le centelleaban como brasas.

Ya. La luz inundó el aposento con su color infernal. La cama, con la colcha roja, parecía un hogar encendido; los espejos eran llamaradas...

Las uñas de Eleonora coruscaban como si empezase á arder por las puntas de los dedos.

¿Qué faltaba? No faltaba nada.

En aquel ambiente aromático y sangriento, ambiente de entrañas, gustaba él de amar. La sensibilidad de Eleonora obedecía ciega al influjo del medio: la luz roja, el olor denso, la colcha encarnada. Eleonora tenía sed.

¡Oh! Iba á saciar aquella sed.

Fué al lecho y se colocó cuidadosamente, tendida, estirada, de modo que sus líneas de sus brazos, de sus piernas, de su cintura, de sus caderas, recortasen sobre la colcha su figura, como la de una inicial blanca que se destaca en el fondo de minio en el encabezamiento de un códice.

Ya.

Sólo un detalle quedábale por resolver: en qué parte del cuerpo haría el daño que fuese menos desastroco para su belleza. Eligió el pecho. Allí la bala abriría un orificio pequeño, como un granate; y si acertaba al corazón, sería instantánea la muerte y era muy probable quedar así ¡tan hermosa!

Dirigió á su pecho, pues, el cañón de níkel de la diminuta pistola automática; su calibre era tan fino que perforaría abriendo pequeñísima herida; su fuerza tanta, que atravesaría el cuerpo y saldría marcando en la espalda como otra diminuta flor de granado.

Cerró los ojos Eleonora. Era necesario quedar con los ojos cerrados, porque son espantosos los ojos vítreos de los muertos. Cerró los ojos. Llamó á sí toda su voluntad...

Apretó.

Nada. No advertía nada, á pesar de haber oído la detonación. Fué á incorporarse y pudo ver apenas, en el pecho, en la mórbida carne ternísima, un agujerillo humeante. No le fué dado hacer más. Pesábale el cráneo; iba perdiendo la vista. De pronto, un dolor de quemadura en la región herida. Un agudísimo dolor horrible. Después... la muerte iba acercándose.

Cerró los ojos. Era preciso quedar con los ojos cerrados.

Y como los cerró, empezó á «ver».

«El otro» la llamaba.

«Silencio: en tu arcano
mi mano...»

....

Alejandro, al oir un tiro, acudió presuroso; llegó antes que nadie.

Al verla, fué á abrazarla y no pudo; fué á gritar y apagó su voz un aflujo de sangre de sus pulmones tísicos que subió á la garganta, rebosó en su boca y floreció en sus labios ¡el trágico clavel!

Y le quedó á Alejandro vida; es decir, le quedó tormento.

Rafael López de Haro

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesiones

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

ANGEL CRECENTE
Taller de reparaciones de máquinas de escribir y calcular.
Cañizares, núm. 2, entresuelo.
Garantizo todas las reparaciones.

Grabador de moda
Rótulos esmaltados y sellos de caucho.
38, Montera, 38

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

Trust Mecanográfico
HORTALEZA, 11 y 13
"ROYAL" la mejor máquina de escribir.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND»
Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Farmacia de Ortega
León, 13. Teléfono 450
VINO DE PEPTONA
COMPRIMIDOS ALIMENTICIOS

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Abada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

ESCUELAS INTERNACIONALES POR CORRESPONDENCIA

INSTITUCION CERVERA ● ● ● VALENCIA (España)
Escuelas libres de Ingenieros Electricistas, Ingenieros Mecánicos, Ingenieros Mecánico-Electricistas, Ingenieros Agrícolas, Electroterapéuticos, Arquitectos constructores, Telegrafistas Navales

IDIOMAS CON PRIVILEGIO EXCLUSIVO POR 20 AÑOS. PATENTE NUM. 48.482

Estas escuelas se hallan establecidas al amparo de ley. El **documento oficial que las autoriza** se halla en el despacho del director á disposición del público, y se remite copia de dicho documento, legalizado ante Notario, á todo el que se dirige á las escuelas pidiendo datos y reglamentos.

Son las Escuelas más importantes de Europa en su clase. Su nombre y fama son universales.

Tiene numerosos alumnos en España, los tiene en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Portugal, en Bélgica, en casi todas las Repúblicas americanas; en México, en Perú, en Colombia, en la Argentina, en Uruguay, en Salvador, en Cuba, en Brasil, en Chile, en Ecuador. Su crédito es debido á la seriedad y fama de su culto, inteligente y numeroso profesorado, y al nombre conocidísimo de su Director, D, Julio Cervera Baviera, fsndador en el año 1903, en España, de las primeras escuelas libres de Ingenieros y del sistema por corrrespondencia.

El Director, D. JULIO CERVERA BAVIERA, Ingeniero militar retirado.—Ex Comisario Regio, Director de la Escuela Superior de Artes é Industrias de Madrid.—Condecorado por el Estado.—Miembro honorario de la Real Sociedad Geográfica Española.—Ex Diputado á Cortes por Valencia.—Member of the «American School of Correspondence».—Miembro del Congreso Nacional de Viticultura, etcétera, etc., etc.

En estas escuelas pueden cursarse todas las carreras arriba indicadas, por correspondencia, sin que el alumno tenga que salir del lugar de su residencia ni abandonar su hogar.

Para más informes, detalles y matrículas, dirigirse siempre de la siguiente manera:
(España). SR. D. JULIO CERVERA BAVIERA, Ingeniero, Valencia.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID